

LA noción de Hispanidad evoca en todos nosotros, en 300 millones

LA ALIANZA DE UNA NUEVA HISPANIDAD

riesgos derivados del predominio de otras culturas. Todos sabemos de cul-

turas que se transformaron o desaparecieron, de pueblos con una importante tradición hispánica que poco a poco perdieron esta identidad cultural, por qué no decirlo, a causa de la ceguera de la propia política española.

Esta convicción la he percibido muy intensamente a ambos lados del Atlántico. Es muy característico de las nuevas generaciones la voluntad superadora de ese gran pecado que es la separación entre saber cosas y hacer cosas. Lo digo porque, en muchas ocasiones, nuestra política iberoamericana tradicional ha sido un notable ejemplo de esa debilidad. Ahora creo adivinar un deseo de que tantas y tan continuadas aportaciones solitarias como constituyen el repertorio de nuestras relaciones se integren comunitariamente para una mejor proyección general. La velocidad del amplio cambio que vive el mundo hace que la actividad política de nuestro tiempo requiera una puesta en funcionamiento de todas o casi todas las facultades humanas. Y para ello es preciso profundizar en el conocimiento mutuo, ahondando con respeto en todos los niveles.

Yo me considero un artesano más de la vida diaria de esta Patria y trato por ello de enfrentarme, con humildad y tesón, a la realidad política y social del mundo que nos rodea. La política no se hace en soledad. Los robinsones no hacen política. Yo no he pensado, en mis viajes a Iberoamérica, que representaba a una comunidad, sino más bien que pertenecía a esa comunidad y que mis interlocutores estaban en un caso similar. En realidad, mi imagen de la política es la de una pasión que trata de entender la vida social ayudando a buscar respuestas a los diarios conflictos entre el pasado y el futuro que, lógicamente, obligan a proponer soluciones nuevas, abandonar fórmulas inútiles, rechazar, aceptar y, en definitiva, estudiar y realizar. Pero sucede, además, que las relaciones internacionales son, con frecuencia, un espectáculo vivo y contradictorio ante el cual suelen ser insuficientes los análisis que sólo contemplan un factor dominante. Hay algo más: un político no es un maestro y no puede obligar a nadie a amar lo que no ama.

El conjunto de nuestras naciones ofrece un peso económico, demográfico y cultural muy importante en términos cuantitativos, pero aún más trascendente desde un punto de vista cualitativo. Nuestra presencia en cuatro continen-

tes, la variedad y complementariedad de nuestros recursos, nuestra tradición de paz y capacidad de convivencia son valores que amplifican la fuerza y la razón de los números.

¿Qué puede significar hoy la nueva Hispanidad? En primer lugar, *la defensa del hombre* frente a la despersonalización y al desprecio de sus derechos inalienables. Somos muchos millones de personas y cada una de ellas —su bienestar, su conciencia, su esperanza— es el protagonista del quehacer de nuestro pueblo. Otras culturas han aprendido de nosotros —aunque hoy parecen haberlo olvidado— el valor de la familia, de la infancia, del respeto mutuo.

Pero, además, Hispanidad significa hoy capacidad integradora y *solidaridad*; comprender que, más allá de nuestros problemas domésticos, el sufrimiento y la alegría de cualquier comunidad hispana son nuestra alegría y sufrimiento. Una política centrada en el hombre solidario es el único fundamento posible de la paz. La Hispanidad también es, por tanto, un *proyecto de pacificación*.

Y, finalmente, debemos recordar que somos pueblos jóvenes, que aspiran —que exigen, me atrevo a decir— a unas mejores condiciones de vida; que luchan por el *progreso* porque su vieja historia les ha enseñado que no existe libertad real si no se mejoran las posibilidades de acceso a la cultura, si no se distribuyen mejor los frutos del desarrollo, si no se crean unas condiciones de vida dignas para todos.

No se trata de resucitar la retórica, verdadera selva en la que se perdieron para siempre tantos proyectos y posibilidades. Es un hecho reconocido que tradicionalmente nos hemos influido más —unos en otros— por lo que hemos sido que por lo que hemos pretendido hacer. Nos seguiremos influyendo por lo que somos, pero tenemos que emprender una acción deliberada y común, a la vez ambiciosa y pragmática, que dignifique a nuestros pueblos, que defienda nuestros valores y nos permita recuperar lo que en justicia nos corresponde.

Se trata de una exigencia de nuestra Historia, pero además de una necesidad imperiosa frente a las amenazas y los

riesgos derivados del predominio de otras culturas. Todos sabemos de cul-

turas que se transformaron o desaparecieron, de pueblos con una importante tradición hispánica que poco a poco perdieron esta identidad cultural, por qué no decirlo, a causa de la ceguera de la propia política española.

Frente a este reto sólo cabe una posibilidad: fortalecer lo que nos une, desarrollar un entramado de vínculos políticos, culturales y socioeconómicos, y construir un sistema de apoyos recíprocos para conseguir el mayor bienestar de nuestros pueblos con el menor sacrificio de nuestro patrimonio cultural e histórico, de nuestra particular manera de entender la vida y la sociedad.

Las posibilidades son muchas y están ante nuestros ojos. Citaré sólo algunas a modo de ejemplo: debemos potenciar nuestra colaboración en las instituciones y foros internacionales, desarrollando estrategias de interés común. Podemos aprovechar la complementariedad de nuestros recursos naturales, humanos y tecnológicos. España, como afirmé en el discurso de Investidura como presidente del Gobierno después de las últimas elecciones, debe hacer ver a las Comunidades Europeas que, en nuestra opinión, éstas quedan mutiladas si abdican de establecer una estrecha relación de colaboración con Iberoamérica. La comunidad hispana en los Estados Unidos de Norteamérica —el quinto país hispanohablante del mundo— debe servir de nexo de unión y colaboración con esa gran potencia mundial.

Existen otros campos que sería prolijo enumerar —actitudes comunes en asuntos geoestratégicos y de defensa, mayor cooperación educativa y de políticas científicas y tecnológicas, intensificación de los proyectos económicos e industriales multinacionales, etcétera—, pero prefiero terminar estas líneas exponiendo mi firme convencimiento de que la alianza para una nueva Hispanidad no es un proyecto autárquico o excluyente. Por el contrario, promete un aire renovador, una contribución de paz al curso futuro de la Nave Tierra.

Adolfo SUAREZ GONZALEZ
Presidente del Gobierno